

tio donde debia ejecutarse la sentencia; pero cuando el oficial le aseguró que se preparase á morir, Blum prorumpió en llanto, y principió á temblar.

Sin embargo, se repuso luego, se quitó su frac, se arrodilló sin vendar los ojos, y gritó á los soldados: Hermanos, no hagais fuego, soy alemán! En este momento cayó muerto.

El 10 se hicieron otras dos ejecuciones, cuyas victimas fueron Eduardo Breslern de Sternau y Eduardo Selorviki.

CHATEAUBRIAND.

MEMORIAS DE ULTRA TUMBA.

(CONTINUACION.)

Sicut nubes... quasi naves... velut umbra.—Job.

EL VALLE DE LOS LOBOS,

cerca de Aulnay, 4 Oct. 1811.

Hace cuatro años, que á mi regreso de la Tierra-Santa, compré cerca de la aldea de Aulnay, en la inmediación de Sceaux y de Chatenay, una casa de jardinero, oculta entre colinas cubiertas de bosques. El terreno desigual y arenoso perteneciente á la casa, no era mas que un huerto silvestre, en cuyo estremo habia un barranco y un plantío de castaños. Este corto espacio me pareció á propósito para contener mis largas esperanzas: *Spatia brevi spem longan recesses*. Los árboles que en él he plantado, prosperan; son todavia tan pequeños, que yo les doy sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Algun dia, me volverán esa sombra protejiendo mi vejez, como yo he protejido su juventud. Los he escogido, cuanto he podido, en los diversos climas que he recorrido: me recuerdan mis viajes, y alimentan en el fondo de mi corazón, otras ilusiones.

Si algun dia los Borbones suben de nuevo al trono, no les pediré, en recompensa de mi fidelidad, que de hacerme bastante rico para agregar á mi herencia, la faja de bosques que la rodean: la ambicion me ha llegado: quisiera acrecer mi paseo con algun mas terreno: aunque caballero errante, como lo soy, tengo los gustos sedentarios de un monge: desde que habito en este retiro, no creo haber puesto tres veces los pies fuera de mis cercas. Mis pinos, mis abetos, mis alerces, mis cedros en cumpliendo algun dia lo que prometen, el valle de los Lobos llegará á ser una verdadera cartuja. Cuando Voltaire nació en Chatenay, el 20 Febrero de 1697, qual era el aspecto del collado á donde debia retirarse, en 1807, el autor del *Jenio del Cristianismo*?

Este lugar me place: ha remplazado para mí, los campos paternos: lo he pagado con el producto de mis pensamientos y mis vijilias: al gran desierto de Atala es á quien debo el pequeño desierto de Aulnay, y para crear este refugio, no he tenido, como el colono americano, que despojar al indio de las Floridas. Tengo apego á mis árboles; les he dedicado elejias, sonetos, ódas. No hay uno tan solo entre ellos que yo no haiga cuidado con mis propias manos, á quien no haya salvado del gusano adherida á su raiz; de la oruga pegada á sus hojas; todos los conozco por sus nombres como á mis hijos: es mi familia, no tengo otras espero morir cerca de ella.

Aquí he escrito los *Mártires*, los *Abencerrajes*, el *Itinerario* y *Moisés*: que haré ahora, en los dias del otoño: Este 4 de Octubre 1811, aniversario de mi dia, y de mi entrada en Jerusalem, me induce á principiar la historia de mi vida. El hombre que hoy no entrega el imperio del mundo á la Francia, sino para tenerla á sus pies, ese hombre, cuyo jenio admiro, cuyo despotismo odio; ese hombre me envuelve con su tiranía como con una nueva soledad; pero si anonada lo presente, lo pasado le resista: yo quedo libre en la parte que ha precedido á su gloria.

La mayor parte de mis sentimientos han quedado en el fondo de mi alma, ó no han aparecido en mis obras sino adaptados á seres imaginarios. Hoy, que todavia hecho de menos mis quimeras, sin insistir en ellas, quiero realzar la tendencia de mis floridos años: estas memorias serán un templo de la muerte, edificado á la claridad de mis recuerdos.

Del nacimiento de mi padre, y de las pruebas por donde tuvo que pasar en su primera posicion, se creó en él uno de los caracteres mas sombríos que haya habido. Ese carácter ha debido pues, influir en mis ideas, sobresaltando mi infancia, contristando mi juventud, y decidiendo del jénero de mi educacion.

Nací noble. A mi juicio, me he aprovechado de la casualidad de mi cuna, he conservado ese amor mas firme á la libertad, que pertenece principalmente á la aristocracia cuya última hora ha dado. La aristocracia tiene tres épocas sucesivas: la de las superioridades: la de los privilejios: la de las vanidades: saliendo de la primera, dejenera en la segunda, y se apaga en la última.

Pueden inquirir acerca de mi familia, si se desean, lo que dice el diccionario de Moreri: las diversas historias de la Bretaña escritas por de Arjentré, dom Lobineau, dom Morice: la historia jenealógica de di-

ferentes casas ilustres de la Bretaña, de P. Dupaz, en Todos-Santos Saint Luc, en Le Borgue, y por último, en la historia de los grandes oficiales de la Corona, del padre Anselmo.

Las pruebas de mi descendencia fueron hechas entre las manos de Chérin, para la admision de mi hermana Lucila, como canonesa en el cabildo de la Arjentiére, desde el cual debia trasladarse al de Remiremont: fueron reproducidas para mi presentacion á Luis XVI: reproducidas para mi agregacion á la órden de Malta, y reproducidas por última vez, cuando mi hermano fué presentado á aquel mismo desgraciado monarca.

Mi apellido se escribió primero Brien, en seguida Briant y Briand, por la invasion de la ortografía francesa: Guillermo el Breton, llamado Castrum-Briani. No hay un apellido en Francia, en que no aparezcan iguales cambios de letras. Cual es la ortografía de Du Guesclin? (Se continuará.)

VARIEDADES.

UN RETRATO DE MUJER.

Por el Baron de Bazancourt.

(CONTINUACION.)

El Marqués de Flauville, de quien no he hablado á U. todavia, era un hombre de unos sesenta años, pero de noble y lozana vejez; nada tenia de lo que á los demas la hace desespacible y melancólica. Acostumbrado desde su mas tierna infancia á la vida elegante de la corte, habia conservado siempre aquel esquisito esmero de modales y aquel tono de galanteria, tal vez un poco desabrido, que distinguió la época de la rejencia; pero, bajo aquel traje de corte con que se le habia vestido desde su temprana edad, tenia una cabeza firme y capaz, un corazón acendrado y justo y una alma noble como su blason.—La Marquesa era uno de esos tipos bastante comunes; no era de grande hermosa, pero tenia el rostro y porte elegantes: poseia lo que no da la belleza una grande distincion que conservaba en su carácter. Para los que no la conocian, debia parecer rjida, fria, seca y aun quizá envanecida y orgullosa, pues le gustaba poco tener amistades, casi nunca hablaba en público, y conservaba en demasia lo que en aquel entonces se habia convenido en llamar una dignidad exterior que la hacia semejar mucho á esos grandes retratos de familia con que agrada en la actualidad á todos adornar sus salones á lo Luis XV; pero para con sus amigos y amigas, es decir, respecto de las personas que veia todos los dias dentro su casa, no era ya la misma mujer, perdía como por encantamiento aquel sello de altivez y amplitud nobiliaria y se hacia cariñosa y amable. Aunque la Marquesa habia pasado de los cuarenta y cinco años, conservaba sin menguado las costumbres cortesanias: su exterior, al tomar los rasgos característicos de la edad madura, habia conservado toda la elegancia de la juventud.

Ahora que he delineado á U. poco mas ó menos esos dos retratos y que conoce tanto como yo al Marqués y á la Marquesa de Flauville, vuelvo á tomar el hilo de mi relacion en el momento en que el Marqués d'Alaincourt y su hijo acababan de dejar el castillo.—Aproximóse el Marqués á su hija con un aire entre maligno y satisfecho, y le dijo tocándole amigablemente la espalda:—Señorita Clara, está todo terminado.

Segun el modo con que el Marqués pronunció esta frase, era fácil descubrir que á Clara de Flauville la hechizaba este himeneo y que experimentaba un tierno sentimiento hácia su esposo futuro.

Nada habia tan sencillo y posible de explicarse como esta aficion cuyas raices tocaban los primeros años de su vida.

Hacia mucho tiempo que una estrecha amistad unia á las dos familias, y en el nacimiento de Clara y Ludovico se habia acordado el proyecto de matrimonio que iba á efectuarse; alimentada con este pensamiento desde la infancia, la jóven se habia decidido por Ludovico sin ella misma saberlo; ignorante de esta violencia de nuestras primeras impresiones, se habia dejado llevar de esta inclinacion que la dominaba, y sus padres que no habian estado sin advertirlo, encontraron, por el contrario, en esta naciente aficion un feliz presajio para el porvenir de su hija; por lo que lejos de procurar disuadirla, robustecieron, por decirlo así, esta inclinacion.—En fin, Clara amaba á Ludovico d'Alaincourt, y cuando el corazón de la jóven vino á ocuparle el de la niña, conoció cuán profundamente habia penetrado en su alma ese sentimiento íntimo con el cual se habia alimentado en los primeros años de su vida; no se atrevió al principio á explicarse á sí misma lo que experimentaba, pero poco á poco se patentizó la verdad, y al mismo tiempo que conoció que habia otras aficiones ademas de la de su hija para con su madre, ó de una hermana con su hermano, descubrió que amaba, cómo habia amado y cuánto amaba.

¿No encuentra U. que debió ser una confidencia muy

grata la de un corazón tan jóven, tan inclinado á amar, tan crédulo en todas sus opiniones, tan confiado en todas sus impresiones? Su madre tambien era partícipe de la pura felicidad que reflejaba en la frente de su hija y la abrazó con ternura.

—Madre mia, le dice entonces Clara, sí, soy muy feliz, pues al fin va á cumplirse el mas caro de todos mis deseos. Con una madre no se tienen secretos; se le confían como á Dios todos los pensamientos de su corazón, todos los gozos del alma; mas para ser enteramente dichosa, para que no venga á mezclarse la tristeza en estos dias de regocijo, que esté á mi lado mi hermana Cecilia.

—Tú lo sabes, Clara, Cecilia como tu hermana menor no debe salir del convento hasta efectuado tu matrimonio.

—Si, madre mia, lo sé; es un uso muy cruel é injusto; ¿No le parece á U. que así en los momentos de dicha como en los que se padece, se siente la necesidad de estar rodeado de las personas que uno ama y de quienes es amado, en el primer caso para que participen de su dicha y en el segundo para que le den consuelo? Segura estoy de que la pobre Cecilia en ese triste convento donde está encerrada, cuenta, en medio de la soledad y el aislamiento, las horas que pasan. Madre mia, mi querida madre, se lo suplico, dejadla salir, y las dos la abrazaremos muchas veces, y tendrá U. á su lado, á sus rodillas, á sus pies, sus dos hijas á quienes bendecirá.

Visiblemente conmovida la Marquesa, permaneció algunos instantes sin contestar; pero al fin, estrechando á su hija contra su corazón la abrazó por dos veces, y mirándola despues con una expresion de alegría maternal que se difundia por todas las facciones de su rostro.

—Bien pues! mi Clara, le dice, sí, consiento en ello, saldrá Cecilia de su convento para asistir á tu matrimonio.

—Oh gracias, gracias, mi querida madre, dice Clara, dando palmadas con la alegría de un niño, voy á escribirle inmediatamente esta feliz noticia,—qué contenta se pondrá!

Dicho esto, fué á una mesa y se sentó á escribir, repitiendo en alta voz cada palabra que le ponía, pues sentia la necesidad de dar expansion á la vehemencia de su dicha.

—Mi querida Cecilia, me caso con el Sr. Ludovico d'Alaincourt, de quien te he hablado repetidas veces. Ha consentido mi madre en que salieras para asistir á mi boda. Ven pronto... pronto, te aguardo, te abrazo.— ¡Oh! soy muy feliz.

—Tu hermana, CLARA.

Envióse inmediatamente la carta, y el dia siguiente se iban á sentar á la mesa para el almuerzo, cuando entró Cecilia. Clara le saltó al cuello, y no se habló de otra cosa en todo aquel tiempo que de velos, aderezos, canastillos para prendas de bodas, terciopelos y encajes. Es una de las grandes ocupaciones que preceden al matrimonio. Clara hablaba mucho; se acordaba de los magníficos adornos que habia visto; y como todas las jóvenes que se dicen siempre: *Tendré de aquello cuando me case*, lo referia en sus mas minuciosos detalles de elegancia y coqueteria. Cecilia desplegaba sus ojos y escuchaba con ansia la narracion de todas aquellas cosas hermosas y raras que por la primera vez oia nombrar, y apenas se atrevia á hablar, la pobre y querida niña, temiendo oír á la menor palabra la voz severa de la superiora.

Creo haberle dicho á U. que Cecilia era rubia, formando así con su hermana un maravilloso contraste; sin embargo no era ya aquel natural fuerte, enérgico, ardiente y animado cuyos ojos despedían rayos. Estaba bastante pálida; su blanca cutis conservaba, en algunas partes, aquella transparencia tan delicada que deja entrever con toda libertad el enrejado azulusco de las venas; su mirar era puro y tranquilo, mas bien triste; pero se conocia que esta tristeza no provenia del dolor, sino que era una de esas impresiones vacilantes que da al rostro una alma indecisa: era pequeña su boca y sus labios delgados y color de rosa se desplegaban graciosamente cuando reia y dejaban entrever dos órdenes de dientes blancos y limpios: sus largos y rubios cabellos que caian en rizados sobre su cuello y tocaban someramente sus espaldas, dejaban en el apacible y blanco rostro de la jóven aquel sello de serenidad tranquilo y divino que daba Rafael á sus vírgenes. En fin, la jóven Cecilia debia parecerse á un ángel cuando oraba de rodillas en medio de sus compañeras.

Pasóse el dia en parlerías sin fin, y en el siguiente vino el Marqués d'Alaincourt con su hijo al castillo.

—Cuando su caleza jiró delante la guardería de aquel, se inclinó Clara al oido de su hermana y le dijo en voz baja:—El es!—miró despues apesarse de la caleza al jóven Ludovico y aguardó con mucha impaciencia que un criado viniese á advertirle que pasase al salon.—Palpitaba de alegría el corazón; y en el momento de entrar temblaba de tal manera que se vió forzada á detenerse en el umbral de la puerta.—Es que amaba por la primera vez: que todas las fuerzas de su alma se habian concentrado en es-